

El nuevo idioma castellano

=Contribución a la Encuesta (del REPERTORIO AMERICANO iniciada por VENTURA GARCÍA CALDERÓN. Números 10 y 11 del tomo IX. 1924.=

Señor don Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica. C. A.

Querido maestro amigo:

En REPERTORIO, que recibo casi normalmente a pesar del servicio «siglo XVI» que padecemos en Centro América, acabo de leer el bello trabajo del incansable García Calderón en que se trata el problema del nuevo idioma castellano, y encaminado a rectificar juicios vertidos por el conocido publicista inglés Fitzmaurice-Kelly, de viejo renombre, por haber sido, según entiendo, uno de los primeros y más activos comentadores de la literatura española, autor de *The Life of Miguel de Cervantes Saavedra* (Londres 1892, 4º m). Y como Ud. se ha servido pedirme mi parecer al respecto, ocuparé brevemente su atención para contribuir a la cruzada de renovación espiritual emprendida por García Calderón desde hace tiempo, y cuya labor revalida nuestra personalidad indo-española en la justa del pensamiento moderno. Y lo curioso es que en estos momentos, precisamente me ocupo en tratar el Quijote en un pequeño ensayo de simples apuntes que ya le mandaré a su tiempo.

Me refería en estos momentos a esa preocupación, muy española, «de lo que pudiéramos llamar linguografía de Cervantes» en que se ha empeñado todo el academismo patriótico castellano para hacer del Quijote el libro de la Lengua y de su autor el Príncipe de las Letras Españolas, «como si Cervantes pudiese quedar recluido a una simple gloria de estilo», etc., etc. Quería señalar el hecho, aun no bien fijado por ningún cervantólogo, de la esencia netamente emotiva del genio y la secundaria relación que existe entre el viejo concepto del estilo—que entendía por tal la especulativa cultura filológica—y el primario y directo elemento de creación: la intuición, según el concepto crociano. Y hoy más que nunca es bueno repetir que «el estilo es el hombre» y que toda creación literaria inmortal revela primero al hombre, al carácter, al tipo volitivo interior y luego al «desocupado ingenio» que detalla la obra; el mismo Cervantes, que pone en boca de don Quijote el triunfo de las armas sobre las Letras (quizá sugiriendo con ello la importancia de la acción en la vida) parece expresar aquel concepto, y sólo identificándose con su personalísima forma de percepciones pudo crear el estilo del Quijote, que por eso resulta inimitable. Ya Hugo decía que el genio es inconfundible, revolucionario, etc., y Vauvenargues añadía que «los grandes pensamientos salen del corazón», indicando con ello, no una mera fórmula moral (muy discutible y ajena al asunto) sino una cuestión puramente psicológica; la vida al través del Hombre, y no al través de las modas ambientales.

Los «conservadores del idioma», los puristas, los académicos, los oradores a la romana que procedían por exordio, exposición y síntesis, como decían los retóricos, y los paleontólogos de la lengua, son, en mi concepto, las castas políticas traducidas a la lite-

ratura; son las autoridades del distinguo, los románticos de «todo tiempo pasado fué mejor» y que espigan en las ruinas de Séneca y Cicerón las «perlas sueltas» del idioma, como si el idioma fuese cosa viva en sí, incapaz de modificarse y de asumir las innúmeras formas a que está expuesto en la evolución de la sensibilidad. He llegado a pensar si todos estos juegos de palabras de «literatura, humanidades» etc., a que tan acostumbrados estamos, no son sino pura psicología, no de esta que enseñamos en los colegios adoptando para describir los fenómenos del ser la demostración de Volta y el renacuajo (sic), sino de aquella otra, profunda y lúcida de Plotino que culmina en la Libertad.

Con el pobre Cervantes ha sucedido un doloroso fenómeno de disección: de los innúmeros Ensayos que conozco, apenas uno que otro (el de Unamuno, el de J. de Armas) se salen del estudio de germanismos y refranías, de giros y construcciones; tengo a la vista quince o diez y seis estudios de lo más importantes, entre ellos el fatigoso y estéril librote de Enrique de Cárcer, con locuciones en cuatro idiomas, en donde trata de probarnos que Cervantes se limitó a *escribir bien*, (?) a legalizar el uso de las voces y giros que debemos emplear sin salirnos un ápice de sus reinos manchegos, so pena de incurrir en neologismos (*syrianismis et hebraismis*, como se decía de Esquilo)... Digo que este fenómeno es el apéndice del estado político de la «desventurada España», para decirlo con la expresión de Croce, y a la cual «poco o nada le resta sino el orgullo», como añade García Calderón. Todos estos estudios lingüísticos no son otra cosa que «catolicismo literario», pero catolicismo del que se usa en España, envarado en la contemplación de la antigua fórmula expresiva, y que ha parido toda una montaña de retóricas y poéticas para alumnos de seminario, como aquel librito del cura Junneman, quien con la mayor frescura ponía al fin de cada capítulo crítico: «Méritos principales del autor (Shakespeare, Dante, cualquier otro): Grandeza, elevación; Defectos principales: Obscenidad, oscuridad»...

En una sociedad en donde nada evoluciona, en donde el régimen político obliga al pensamiento a recluirse en su aspecto puramente intelectual, la labor de los mejores talentos queda circunscrita a hacer calceta con el pasado; tratar de introducir modismos y coloraciones nuevas (que en síntesis no son otra cosa que nuevos estados espirituales, siendo la palabra una simple marca de la emoción y nada más), es atentar positivamente contra el *Estado literario* y pasar de hereje o de bolchevique; y es la Libertad en el pensar, en el escribir, un serio peligro, tanto para los estilistas y paleontólogos de marras, como para los Jefes de Directorio, que en el fondo están unidos a la tradición; y así, tenía razón Bello, cuando decía que «la Libertad y las artes dejaron a un mismo tiempo el suelo de Atenas». ¡Benditas nuestras turbulentas democracias que conocen la Revolución política, moral, religiosa, lingüística, étnica!

En Cervantes existe, antes que nada, el revolucionario; vive y respira la miseria de su pueblo, hundido por el favorito de Felipe III, aquel Duque de Lerma de ingrato recuerdo a quien según unos, personifica en el Encantador Merlín (es casi el nombre) de la Cueva de Montesinos; palpa en las prisiones